

Calor humano

Clarice Lispector

Descubrimientos. Crónicas inéditas,
Adriana Hidalgo editora, 2010.



No, no estaba rojo. Era casi de noche y estaba todavía claro. Si por lo menos fuera rojo a la vista como lo era intrínsecamente. Pero era un calor de luz sin color, y detenida. No, la mujer no lograba transpirar. Estaba seca y límpida. Y allá fuera sólo volaban pájaros de plumas pajosas. Pero era un calor visible, si ella cerraba los ojos para no ver el calor, entonces venía la lenta alucinación simbolizándolo: veía grandes elefantes que se acercaban, elefantes dulces y pesados, de aspecto seco, aunque mojados en el interior de la carne por una insoportable ternura caliente; eran difíciles de cargarse a sí mismos, lo que los hacía lentos y pesados. Todavía era temprano para encender las lámparas, lo que por lo menos precipitaría una noche. La noche que no venía, no venía, no venía, que era imposible. Y su amor

que ahora era imposible —que era seco como la fiebre de quien no transpira, era amor sin opio ni morfina. Y “yo te amo” era una astilla que no se podía sacar con una pinza. Astilla incrustada en la parte más gruesa de la planta del pie. Ah, y la falta de sed. Calor con sed sería soportable. Pero ah, la falta de sed. No había más que faltas y ausencias. Y ni siquiera las ganas. Sólo astillas sin puntas salientes por donde ser pinzadas y extirpadas. Sólo los dientes estaban húmedos. Dentro de una boca voraz y reseca los dientes húmedos pero duros —y sobre todo boca voraz de nada. Y la nada era caliente en aquel final de tarde eternizada. Sus ojos abiertos y diamantes. En los tejados los gorriones secos. “Yo os amo, personas” era una frase imposible. La humanidad le era como una muerte eterna que sin

embargo no tenía el alivio de morir por fin. Nada, nada moría en la tarde seca, nada se pudría. Y a las seis de la tarde era mediodía. Se hacía mediodía con un ruido atento de máquina de bomba de agua, bomba que trabajaba hacía tanto tiempo sin agua que se había convertido en hierro oxidado. Hacía dos días que faltaba agua en la ciudad. Nada nunca había sido tan despertado como su cuerpo sin transpiración y sus ojos diamantes, y de vibración detenida. ¿Y Dios? No. Ni siquiera la angustia. El pecho vacío, sin contracción. No había grito. Mientras tanto era verano. Verano largo como un patio vacío en las vacaciones de la escuela. ¿Dolor? Ninguno. Ninguna señal de lágrima y ningún sudor. Ninguna sal. Sólo una dulzura pesada: como la del aspecto lento de los elefantes de cuero reseco. La escualidez límpida y caliente. ¿Pensar en su hombre? No, astilla en la planta del pie. ¿Hijos? Quince hijos colgados, sin balancearse ante la ausencia de viento. Ah, si las manos comenzaran a humedecerse. Aunque hubiera agua, del odio no tomaría un baño. Del odio no había agua. Nada corría. La dificultad es una cosa detenida. Es una joya diamante. La cigarra de garganta seca no dejaba de murmurar. ¿Y Dios se licuó por fin en lluvia? No. Ni lo quiero. Por seco y calmo odio, quiero esto mismo, ese silencio hecho de calor que la ruda cigarra vuelve sensible. ¿Sensible? No se siente nada. Más que esta dura falta de opio que amenice. Quiero que esto que es intolerable continúe porque quiero la eternidad. Quiero esta espera continua como el canto enrojecido de la cigarra, pues todo eso es la muerte detenida, es la eternidad, es el celo sin deseo, los perros sin ladrar. Es en esta hora que el

bien y el mal no existen. Es el perdón súbito, nosotros que nos alimentábamos del castigo. Ahora es la indiferencia de un perdón. No hay más juicio. No es el perdón después de un juicio. Es la ausencia de juez y de condenado. Y la muerte, que debía ser una única buena vez, no: está siendo sin parar. Y no llueve, no llueve. No existe menstruación. Los ovarios son dos perlas secas. Voy a deciros la verdad: por odio seco, lo que quiero es esto mismo, que no llueva. Y precisamente entonces ella oye algo. Es algo también seco que la deja todavía más seca de atención. Es un rodar de trueno seco, sin ninguna saliva, que rueda pero ¿dónde? En el cielo absolutamente azul, ni una nube de amor. Debe de ser de muy lejos el trueno. Pero al mismo tiempo viene un aroma dulzón de elefantes grandes, y de jazmín de la casa de al lado. La India invadiendo, con sus mujeres dulzonas. Un aroma de claveles de cementerio. ¿Irá a cambiar todo tan de repente? Para quien no tenía ni noche ni lluvia ni podredumbre de madera en el agua, para quien no tenía más que perlas, va a venir la noche, va a venir la madera pudriéndose por fin, claveles vivos de lluvia en el cementerio, ¿lluvia que viene de Malasia? La urgencia es todavía inmóvil pero ya tiene un temblor adentro. Ella no percibe, la mujer, que el temblor es suyo, como no había percibido que aquello que la quemaba no era la tarde calurosa sino su calor humano. Ella sólo percibe que ahora algo va a cambiar, que lloverá o caerá la noche. Pero no soporta la espera de un pasaje, y antes de que la lluvia caiga, el diamante de los ojos se licúa en dos lágrimas. Y al final el cielo se ablanda.